

En torno a la beatificación de Mons. Escrivá

José Luis Illanes

Apenas pronunciadas las palabras con las que Juan Pablo II proclamaba Beatos a Josemaría Escrivá de Balaguer y Josefina Bakhita, los dos grandes tapices colocados en la fachada de la basílica de San Pedro fueron descubiertos mostrando las efigies de los nuevos Beatos; en ese mismo momento, la muchedumbre que llenaba la plaza prorrumpió en un vibrante y prolongado aplauso. Se repetía así un rito, tradicional en las beatificaciones, sencillo e incluso popular, pero a la vez lleno de significado, puesto que, en su simplicidad, apunta al centro de lo que implica una beatificación o, posteriormente, una canonización: el Romano Pontífice proclama ante la comunidad cristiana que un hombre o una mujer han encarnado con hondura y ejemplaridad el ideal cristiano, y esa comunidad –a través de la asamblea litúrgica allí reunida– recibe esa proclamación reconociendo en ese acto pontificio un eco de su piedad y estímulo para su vivir.

Toda beatificación o canonización tiene su inicio en una realidad social: la devoción hacia una determinada persona, a la que estratos más o menos amplios del pueblo cristiano reconocen como una figura a la vez egregia y cercana. Ese inicio popular desemboca luego en un proceso por el que la autoridad eclesiástica analiza esa figura hasta culminar, en caso positivo, con la beatificación primero y la canonización después, confirmando así a la comunidad cristiana en su devoción e impulsándola a crecer en ella. En toda beatificación se da, en suma, un entrecruzarse de acciones de jerarquía y pueblo, que, como todo lo cristiano, va más allá de lo puramente sociológico, pues expresa de modo particularmente fuerte esa realidad, a la que, con término técnico, se suele designar diciendo que la Iglesia es una *communio*, es decir, un misterio de comunión, de vida otorgada y participada bajo la acción del Espíritu Santo.

Esta realidad de comunión se actualiza, en las beatificaciones y canonizaciones, con acentos muy particulares. Porque beatificaciones y canonizaciones no son acontecimientos periféricos en el vivir de la Iglesia, realidades o ceremonias de las que se podría prescindir sin mayores inconvenientes, sino –al con-



Detalle de la urna del Beato. Oratorio de Santa María de la Paz.



Los fieles veneran los restos del Beato Josemaría.

trario— momentos decisivos, hitos fundamentales de la historia cristiana. La Iglesia no consiste, primariamente, en templos, leyes o realizaciones culturales, sino, esencial y radicalmente, en un misterio o realidad de comunicación de los hombres entre sí y con Dios. Todo cristiano, más aún todo hombre, está llamado a una relación vital con Dios. Ese es el núcleo del mensaje evangélico. Recibir ese mensaje, hacerlo vida de la propia vida, es decir, vivir la propia y concreta existencia con conciencia de la propia dignidad en cuanto hijo de Dios, eso es la santidad. La santidad no es sólo una propiedad de la Iglesia, sino, más profundamente, su razón de ser, mejor, su esencia misma. Y con esa esencia, con ese centro de su vivir, se une la Iglesia cada vez que proclama y recibe una beatificación o canonización.

La Iglesia tiene la convicción de ser, precisamente en cuanto comunidad concreta, histórica, formada por hombres y mujeres de carne y hueso, no sólo una comunidad que proclama y anuncia la realidad de Dios, sino también, y sobre todo, una manifestación de la presencia divina a lo largo de la historia. La Iglesia, tal y como ella se entiende a sí misma, no es un simple grupo de creyentes que mantiene viva la memoria o recuerdo de Cristo, sino también, y sobre todo, una manifestación de la presencia divina a lo largo de la historia. La Iglesia, tal y como ella se entiende a sí misma, no es un simple grupo de creyentes que mantiene viva la memoria o recuerdo de Cristo, sino una comunidad que participa de la vida de Cristo y que, en Cristo y por Cristo, tiene acceso a la intimidad con Dios, es decir, a la santidad. Por eso la historia de la Iglesia no es otra cosa, en su substancia última, que la historia de la santidad realizándose en el tiempo, hasta el punto de que ha podido decirse que la historia cristiana debería escribirse y estructurarse tomando como punto de referencia la historia de sus santos.

Siempre que la Iglesia reconoce que en uno de sus miembros se ha realizado ese misterio de unión con Dios del que ella vive y al que aspira, es decir, siempre que procede a una beatificación o canonización, va al fondo de su ser y, por así decir, reafirma la misión y la fuerza recibidas de Cristo. Toda beatificación implica en efecto no sólo proclamar la posibilidad de una unión entre el hombre y Dios, sino hacerlo de la manera más viva y eficaz posible: hablando no de forma genérica, sino concreta, referida a hombres y mujeres singulares, en los que hubo limitaciones y defectos, pero en los que, sobre esos defectos, triunfó el poder de Dios. Cada vez que la Iglesia beatifica o canoniza a un santo realiza un audaz acto de fe en la presencia de Cristo en la historia humana, y proclama que ella misma, en cuanto Iglesia de Cristo, es instrumento de santidad e instrumento que realmente santifica, que real y verdaderamente da a conocer a los hombres la grandeza de su destino y les comunica la fuerza que permite vivir concordantemente con esa dignidad.

De ahí la alegría que acompaña siempre a estas ceremonias. Toda beatificación o canonización es, en efecto, una fiesta: la fiesta de una Iglesia que reconoce que Dios habita en ella, y que, en consecuencia, se llena no sólo de esperanza, sino de admiración y de gozo. Así ha ocurrido en este 17 de mayo de 1992, incluso, si puede hablarse así, con una fuerza y unos acentos muy parti-



"Queremos correr tras el perfume de tus virtudes, y hoy contemplamos con particular afecto el ejemplo de un hijo tuyo, sacerdote, al que con toda justicia, gustaba llamarse mariano" (Mons. Alvaro del Portillo).

culares, ya que en este día todo, y en primer lugar la fisonomía de los nuevos Beatos, contribuía a subrayar la universalidad de la Iglesia y por tanto la conciencia de su unidad, de su razón de ser, de su virtualidad histórica. Ambos, como señalaba Juan Pablo II en la homilía durante la Misa de beatificación, “han alcanzado la santidad por caminos diversos, pero convergentes en la misma y única meta”; ambos “han amado a Dios con toda la fuerza de sus corazones y han dado pruebas de una caridad llevada hasta el heroísmo (...). Por eso la Iglesia los eleva hoy al honor de los altares y los presenta como modelos en la imitación de Cristo”.

Josefina Bakhita evocaba –y evoca– el testimonio de una vida religiosa llena de afán caritativo y de anhelos misioneros, así como, en el continente africano, la expansión del cristianismo, la existencia de comunidades cristianas jóvenes, en cuanto que nacidas hace apenas decenios, pero ya vivas y llamadas a desarrollos cada vez mayores.

Josemaría Escrivá de Balaguer hablaba –y habla– no sólo de la Prelatura del Opus Dei y de la extensión prácticamente universal de su apostolado, sino además, e inseparablemente, de la llamada universal a la santidad, de la gran aportación que, con su mensaje de santificación en medio del mundo, ha realizado en la Iglesia contemporánea.

Que tu vida no sea una vida estéril. Se útil. Deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Esta llamada vibrante, con la que se inicia *Camino*, ha abierto horizontes a millares, incluso millones de almas. Generaciones de hombres y mujeres han aprendido de Mons. Escrivá a valorar su existencia cotidiana, a re-



Recoger las sillas no debió ser tarea fácil.



Desde la columnata se podía también seguir la ceremonia.

conocer que pueden y deben buscar a Dios y testimoniar su amor a través de las circunstancias del vivir diario. Su predicación y su ejemplo han dado lugar al fenómeno pastoral con que él mismo soñó tantas veces: “una muchedumbre de cristianos que convirtieran en divinos los caminos humanos de la tierra”, una movilización de hombres y mujeres que, tomando conciencia de las riquezas de la fe cristiana, la plasmaran en su vivir ordinario en medio del mundo. La plaza de San Pedro, abarrotada de gente de muy diversos países y condiciones, testimoniaba de modo gráfico la irradiación universal de la figura y del mensaje que Josemaría Escrivá proclamó desde el 2 de octubre de 1928.

Juan Pablo II lo recalcó en su homilía del 17 de mayo, al glosar la hondura cristiana y eclesial de las enseñanzas del fundador del Opus Dei. “Con sobrenatural intuición el Beato Josemaría –fueron sus palabras– predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por ello, *el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado* cuando se vive en unión con Jesucristo (...). En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas materiales las convierte en un ídolo y motivo de alejamiento de Dios, el nuevo Beato nos recuerda que estas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para gloria del Creador y al servicio de los hermanos, *pueden ser camino para el encuentro de los hombres con Dios*”. “La actualidad y trascendencia de este mensaje espiritual, profundamente enraizado en el Evangelio, son evidentes –concluía–, como lo muestra también la fecundidad con la que Dios ha bendecido la vida y obra de Josemaría Escrivá.”

“Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación”, recordaba el Romano Pontífice, citando a San Pablo, en la alocución durante la audiencia que, el 18 de mayo, concedió a quienes habían acudido a Roma para participar en la beatificación, para añadir enseguida: “Esta llamada a la santidad ha sido propuesta y repetida tantas veces por el Beato Josemaría. Aquí estáis presentes muchas personas que, en más de una ocasión habéis oído de sus propios labios esta misma expresión paulina; otros, la habéis recibido por medio de sus escritos o por testigos directos. Ahora bien, cada uno, inmerso en las actividades concretas de su vida y profesión, puede contar con la ayuda del Espíritu Santo para recorrer el camino hacia la perfección cristiana. Así nos lo recuerda el mismo Beato en una de sus *Conversaciones: Los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.*

La beatificación de Josemaría Escrivá representa por eso, decía también Juan Pablo II, “una nueva llamada a la santidad”, una reafirmación de que la santidad “no es privilegio ni va dirigida solamente a unos pocos, sino que debe ser la meta común de todos los cristianos”. De ahí –comentaba Mons. Alvaro del Portillo, haciéndose eco de esas palabras pontificias durante la Misa que, concluyendo el triduo de acción de gracias, celebró el día 21 en la basílica de San Eugenio– que esta beatificación sea “un motivo de esperanza”, un acto a la vez entrañable y solemne que coloca ante los ojos de toda la Iglesia “un ejemplo de vida cristiana alegre y amable en el cumplimiento fiel del trabajo de cada día” e invita a todos los miembros del Opus Dei a una fidelidad constante al “espíritu de santificación en medio del mundo” que vivió y transmitió Josemaría Escrivá de Balaguer.

Cristianismo y vida, vocación humana y vocación divina, existencia terrena y sentido teologal, pueden y deben unirse porque, como señalaba también Juan Pablo II en su homilía durante la Misa de beatificación, “el Hijo de Dios, al hacerse hombre, se ha unido en cierto modo a toda la realidad del hombre y a toda la creación”. El universo no está formado por una diversidad de esferas o mundos inconexos entre sí: todo cuanto existe procede del decreto creador de Dios y se encamina a la obra de la salvación que se realizó en Cristo. Hay que superar todo divorcio entre fe y vida diaria, que constituye –como afirmaba el Concilio Vaticano II y recordó el Romano Pontífice en la alocución del día 18– “uno de los más graves errores de nuestra época”. Dios no es ajeno al mundo ni indiferente a los ordinarios avatares de la aventura humana. Todo hombre y toda mujer pueden vivir su propia y personal existencia con conciencia de la cercanía de Dios, convirtiendo en divino, mediante la fe y la caridad, el caminar humano. Este es el gran anuncio con el que Josemaría Escrivá de Balaguer se compenetró por entero y a cuya difusión dedicó su vida y la totalidad de sus energías, hasta el punto de que forma una sola cosa con su persona. Y esto hace que el momento de su beatificación, y por tanto la fecha del 17 de mayo, tengan una singular significación pastoral e histórica.



“Que la consideración diaria del duro peso que grava sobre el Papa y sobre los obispos, te urja a venerarles, a quererles con verdadero afecto, a ayudarles con tu oración” (*Forja*, 136).

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.